

## RUBEN DARIO Y BRUNO ERDIA

Escribe: VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

Ocasionalmente cayó en mis manos el primer número de una pequeña revista literaria nicaragüense intitulada "*Ensayo*" fechada en León, capital del Departamento del mismo nombre, el 27 de junio de 1880. Ostentan las ocho páginas el honor de ser la primera publicación de esa índole en dicha república de la América Central. Pero este dato al parecer insustancial tiene su importancia porque en su última página aparece una composición en redondillas, con la firma de *Bruno Erdia*. En la misma página se lee esta aclaración de los directores: "Tal vez sea mirado "El Ensayo" como una hoja insignificante, pero no creemos que aquellos que se han esforzado por el adelanto de la juventud, nos vean con la indiferencia con que quizás seamos recibidos por algunos escritores. Bien conocemos nuestra incompetencia, pero somos jóvenes que deseamos aprender. Esto debe servirnos para la indulgencia".

Los versos en cuestión, ni buenos, ni malos, pintan la naturaleza del país con suave ingenuidad poética en donde se vislumbra una rara armonía de principiante que empieza a ensayar en verdad, sus futuros potentes remos aquilinos. De las trece estrofas originales copio como muestras las siguientes:

*Amanecía. La lumbre  
melancólica del sol,  
doraba con su arrebol,  
de la colina la cumbre.*

*Las aves, sus dulces trinos  
iban alegres cantando  
y blandamente saltando  
de rama en rama en los pinos.*

*De la fuente, las espumas  
se miraban blanquear  
y en los espacios cruzar  
pájaros de airoas plumas.*

*Pero del sol asomó  
la faz pura y soberana  
y entre celajes de grana  
la aurora se disipó;*

*y derramó los fulgores  
de su lámpara esplendente  
dando vida a la simiente  
y fecundando las flores.*

*Mas después con triste velo,  
en las brumas de Occidente  
hundió su faz refulgente  
el soberano del cielo.*

*Las avecillas volvieron  
a reposar en sus nidos  
y sus cantares sentidos  
también desaparecieron.*

*Así el amor de un poeta  
nació bello, seductor,  
y daba vida y calor  
a su fantasía inquieta...*

Hasta aquí, la composición nada nos dice, pero al recordar que la revista era de León, que tiene fecha de junio de 1880, que está considerada como la primera publicación literaria de aquella república, que dicha ciudad, antigua capital de Nicaragua, era el centro principal del país y que en su catedral descansan los restos mortales de su más grande poeta, Rubén Darío y que éste en su "Biografía" nos cuenta que empezó a publicar sus versos con seudónimo, nos obsesionó un tanto el nombre puesto al pie de la referida composición en versos octosílabos: *Bruno Erdia*, que realmente no puede corresponder a ningún patronímico viable y con facilidad lógica fue saliendo el anagrama de *Rubén Darío*. Inmediatamente nos pusimos a indagar en nuestra biblioteca por la fecha de nacimiento del autor de "Los Raros" y en la obra "Nicaragua y Rubén Darío", de Carlos Martínez Rivas encontramos los siguientes datos: "En la ciudad de León, a los tres días del mes de marzo de mil ochocientos sesenta y siete: Yo el Pro. Dr. Lic. José María Occón, teniente cura del Sagrario, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a *Félix Rubén* h. l. de Manuel García y Rosa Sarmiento; nació el 18 de enero último. Fue su padrino don Félix Ram. s. a q. n. advertí su obligación y parentesco espiritual, y para constancia lo firmo. José M<sup>a</sup>. Occón".

De modo que, por los datos anteriores, Rubén Darío tenía a la sazón cerca de trece años y medio. Se dice de esta poesía que lleva el nombre de "Desengaño": "que es la *segunda* del poeta niño publicada en letras de molde". Los biógrafos del gran poeta señalan como la primera la que lleva por nombre "Una lágrima", que trae la siguiente dedicatoria: "A mi querido amigo don Victoriano Argüello, en el trigésimo día de la muerte de su padre" y apareció publicada en "El Termómetro", número 23, de la ciudad de Rivas, el 26 de junio del mismo año de 1880, es decir, un día antes de la primeramente citada. El poeta dice al principio que es una imitación de Palma. Es claro que se refiere al poeta cubano José Joaquín y no a otro, pero antes que reflejo de ese numen se ve con claridad que se inspiró en la "Elegía a la muerte del padre de Jorge Manrique. Las seis estrofas de doce versos cada una, escrita en octosílabos con un verso quebrado, tienen todas la orientación de aquella elegía:

*¿Qué es este mundo? Tristeza.  
¿Y qué es aquel? Dicha y gloria.  
Aquí terrenal escoria,  
allá poesía, belleza,  
blancas nubes  
y mil aéreos querubes  
con aureolas en la frente,  
cantan al Omnipotente  
con sus guirnaldas hermosas  
y en nubecillas de espumas,  
van coronados de plumas  
de claveles y de rosas.*

El escritor nicaragüense Mariano Barreto, en la revista "La Patria" de León (Nicaragua), publicó en 1919 una evocación de ese tiempo y al hablar de Darío, dice: "Contaba entonces trece años de edad, era delgado, ágil, la color trigueña y limpia, las manos sedosas, nacidas para quemar incienso en los altares de los dioses. Se le veía por las calles con un andar lento y reflexivo, el libro en las manos o bajo el brazo. Recitaba pausadamente, como si quisiese hacer más duradera la grata y sonora música de sus versos. Improvisaba con sorprendente facilidad; era inagotable mina de oro, esparcida en anchos y riquísimos filones. Silvas, décimas, quintillas, sonetos, todo lo vencía".

Por su dorada vida de adolescente, mientras moraba en la casona solariega de su tía Bernarda Sarmiento de Ramírez, pasan dulces y rubias teorías de adoradas que encendieron su corazón, con la llamita sonora de las endechas amorosas. Entre ellas surge su prima Isabel Darío, de impresionante hermosura a quien le canta con nombre supuesto y para ello recurre de nuevo al anagrama y esta vez con falta de imaginación, pues se firma "Bernardo I. U.". El poeta niño desde entonces habíase dedicado a la lectura de los románticos poetas españoles. Conocía, pues, a Zorrilla, cuya cuadriga de alejandrinos imitó en "El Poeta", su segunda poesía publicada con su nombre popular:

*En medio del eterno concierto de los mundos,  
se escucha del poeta su cálido laúd  
que canta en dulces trovas placeres y venturas,  
y en tristes elegías y en fúnebres endechas  
consagra sus canciones también al ataúd.*

Y en la que dedicó a su prima citada tiene remembranzas de los que don Juan decía a doña Inés:

*Cuando aspiro de la flor  
el embalsamado aroma,  
es verdad, dulce paloma  
que suspiro por tu amor...*

Esta composición salió publicada en "El Ensayo" de primero de agosto de 1880 y fue motivo de intrigantes comentarios, pues se la atribuyó por algún tiempo a su tía Bernarda quien gozaba de una gran cultura y el autor se curaba de descubrirse a los demás. Sólo ella, la dulce niña rubia conocía el secreto! También cantó el amor de Narcisa, de Mercedes Mayorga, de Fidelina y de Consuelo. Con la ingenuidad de niño prodigio les decía entre otros juegos rítmicos:

*Las que se llaman Fidelias  
deben tener mucha fe.  
Tú que te llamas Consuelo,  
Consuelo, consuelamé...*